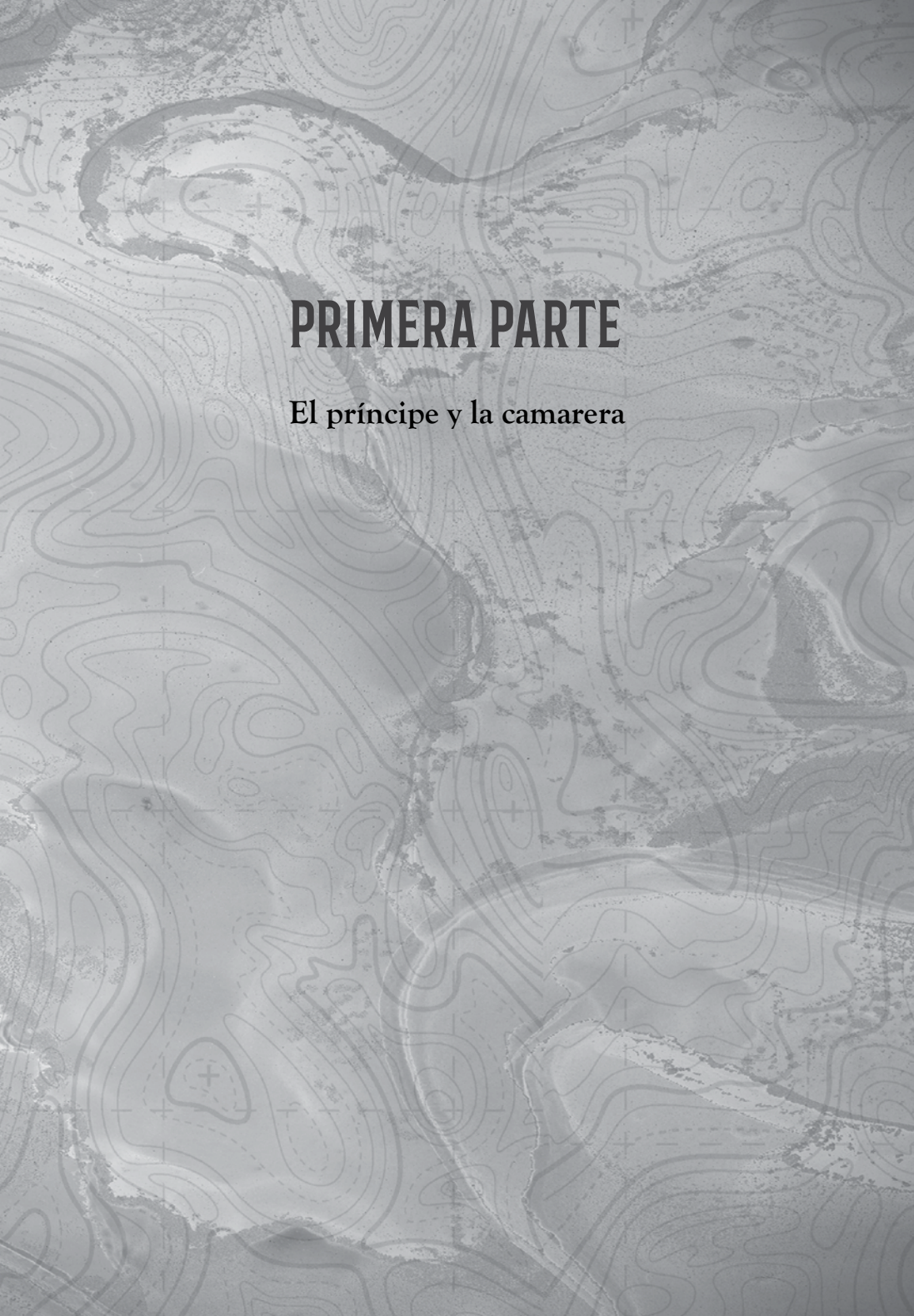


The background of the entire page is a grayscale topographic map. It features intricate contour lines that swirl and curve across the landscape, indicating varying elevations. There are also dashed lines representing paths or boundaries, and small crosshair symbols scattered throughout. The overall texture is complex and detailed, typical of a technical map.

PRIMERA PARTE

El príncipe y la camarera



CAPÍTULO 1

Aren

Cuando eres una camarera, las propuestas de matrimonio son algo habitual en el trabajo. Un borracho puede encontrar la salvación en el fondo de un vaso de cerveza con la misma facilidad con la que puede enamorarse de alguien al otro lado de la barra. Por suerte, soy muy buena para decir que no.

—La respuesta sigue siendo *no*, Shep —digo con firmeza—. ¿No recuerdas que ya te rechacé ayer?

Dejo otra pinta de cerveza sobre la barra y observo con los ojos entrecerrados al granjero de mirada vidriosa que acaba de pedirme matrimonio por décima vez este mes. ¿Es que este idiota nunca aprenderá?

—Vamos, por favor. Hablo en serio, Aren —balbucea. Sus ojos

negros, pequeños y brillantes están desenfocados—. ¿Qué harás con tu vida? ¿Limpiar jarras todo el día? Serías una buena esposa. Siempre estás trabajando. Ya es hora de sentar cabeza.

Este sujeto me agota. ¿Será que todos los hombres de este pueblo son así? De hecho, creo que nunca me he sentido tan cansada. Estoy exhausta hasta los huesos.

Y solo tengo veinticinco años.

Dejo caer los hombros mientras suelto un suspiro largo y profundo. No tiene sentido dejar que Shephard Belmis me afecte. Él es un ratón con el que puedo jugar y yo soy el gato.

Su compañero de bebidas, otro granjero con las mejillas sonrojadas, le da un golpe fuerte en la sien.

—Déjala en paz, idiota. Estás borracho. La chica ya te ha dicho que no varias veces.

—¡Esta es tu última oportunidad! Cástate conmigo, Aren. Serías una buena esposa y madre. Con esa espalda tan robusta... ¡hip! La más robusta de todo Evandale. ¡Y eso ya es decir mucho!

Qué atrevido es este desgraciado. ¿Dónde está el acantilado más cercano para poder tirarme sin pensarlo dos veces? Prefiero morir antes que casarme con un hombre que solo me ve como una mula de carga.

Sin mirarlo, doblo mi trapo, lo coloco con cuidado sobre la barra y me preparo para coquetear con el querido y viejo Shep. Apoyo los antebrazos en la encimera pegajosa, descanso el mentón sobre mis manos y pestañeo.

—¡Una espalda robusta! ¡Gran cumplido! Por favor, dime más.

—Bueno, desde que falleció mi esposa, mis hijos no tienen a nadie que los cuide —responde con pena.

—¿Cómo que a nadie? ¿Acaso no estás aquí mismo? A menos que

seas un... –Hago una pausa y luego suelto un grito ahogado para darle dramatismo–. ¡Un fantasma!

–¡Vaya! ¡No soy un fantasma! –Pero es evidente que se cuestiona su existencia en este mundo, ya que se lleva las manos hacia los ojos nublados para inspeccionárselas por un segundo. Una vez convencido de que, de hecho, es un viejo montón de carne vivo, continúa–: Es que no tengo esas habilidades, ¿entiendes? No hay nadie más que les pueda preparar comidas calientes o asegurarse de que su ropa esté limpia, ¡hip! Un hombre no puede vivir sin una mujer, ¡hip! No es natural.

Su amigo gruñe, con más sentido común que cerveza en el cuerpo, pero Shephard lo ignora.

–¡Cielos! –Me llevo una mano al pecho y finjo sorpresa–. Nunca lo había visto así. Mi corazón... ¡late tan fuerte! De verdad que sabes cómo halagar a una chica. Todo esto es tan... inesperado.

Haría cualquier cosa por recibir una, solo *una*, propuesta que no me hiciera sentir tan sexy como un saco de harina.

Shep se tambalea al levantarse del taburete e inclina la cabeza a modo de reverencia. Su amigo se burla abiertamente de ese gesto. No puedo contener la risa.

–Entonces, ¿qué dices, mi... ¡hip!... amor? ¿Me harías el honor de... de mi honor de esposa? ¿De... de hacerte... esposa mía... para mí?

Hace un rato que dejó de ser del todo coherente, pero no puedo evitar admirar su convicción. Shep parpadea con los ojos caídos mientras mueve la cabeza de un lado a otro. El pobre sujeto está esperando una respuesta.

Estoy acostumbrada a rechazar a Shephard Belmis y a otros tantos granjeros que se creen valientes gracias al alcohol, pero como ya dije: estoy cansada, mierda.

Cansada de manejar este bar al que todavía intento querer, de estar parada desde la mañana hasta la noche, de no tener nunca tiempo para mí, no es que lo haya tenido alguna vez, la verdad. Harta de este pueblo con mentalidad cerrada, de mis clientes habituales, de mi familia, por mucho que los quiera. Estoy tan cansada que podría gritar.

¿Y Shephard Belmis? De él es de quien más cansada estoy.

Así que, esta noche fui más allá para ponerle un fin a todo esto. Señalo un letrero de madera que cuelga detrás de mí. Pintado con letras negras y cuidadas, dice:

REGLAS DEL BAR
PROHIBIDO ESCUPIR.
PROHIBIDO ENTRAR DESCALZO.
PROHIBIDO APOSTAR.
PROHIBIDO ENVENENAR (SE PERMITE USAR CUCHILLOS Y PUÑOS).

Y anoche, garabateé deprisa una última regla.

PROHIBIDAS LAS PROPUESTAS DE MATRIMONIO.
***SI SE INCUMPLE ALGUNA DE ESTAS REGLAS, EL CLIENTE DEBERÁ**
INVITAR UNA RONDA DE BEBIDAS A TODO EL BAR.

Una expresión de asombro se dibuja en el rostro de Shep mientras lee el letrero.

—Las reglas están para cumplirlas, Shep —digo con una sonrisa burlona, mientras limpio un vaso.

Venganza.

Su compañero de bebidas no puede contener la risa.

–Te ha ganado, Shep –dice, riendo a carcajadas.

–Pero, pero... ¡hip!... esta vez hablaba en serio –balbucea entre hipo.

–Yo también –respondo, triunfante por haberlo derrotado.

–Serías una buena esposa y madre –divaga mientras dejo el vaso limpio sobre la encimera y me dirijo hacia el final de la barra–. ¡Quién te querrá, ¡hip!, si no soy yo!

Si que sabe cómo enamorar a una mujer.

Tomo una cuerda y tiro de ella, hago sonar una campana pesada de metal. El sonido se abre paso entre el bullicio de la taberna, como un silbido que atrae a los borrachos. El alboroto que reina en el lugar se apaga por un instante y todas las cabezas voltean hacia mí.

Les dedico mi mejor sonrisa burlona y anuncio:

–¡Buenas noticias, pervertidos! ¡La próxima ronda la paga Shep!

Todos estallan de alegría, los aplausos son tan fuertes que hacen vibrar el suelo y los vasos tintinean en la barra.

Me inclino sobre la encimera, cerca del rostro avejentado de Shep. Un nuevo destello de esperanza se refleja en sus ojos. Frunce los labios, esperando un beso.

Pero en vez de eso, introduzco la mano en su bolsillo y saco una moneda de plata con el escudo de Alarice grabado.

–Esto es por la cerveza. –Saco las tres monedas restantes–. Y el resto es por insultarme con la propuesta de matrimonio.

Su amigo llora de la risa y, antes de que Shephard pueda protestar, guardo las monedas en mi delantal. Caen con un tintineo junto al resto que ya tengo dentro, justo el ruido que necesito para recordar que la noche no ha sido un desperdicio total.

Miro hacia la multitud. El lugar está repleto. Los bancos bajos y las mesas largas y gastadas reciben a demasiados cuerpos.

Campesinos y peones se sientan hombro con hombro y rodilla con rodilla junto a comerciantes y artesanos, todos brindan con sus jarras como si fueran mejores amigos.

El festival de la Madre de la Cosecha empieza mañana, así que el ambiente está muy animado. En Evandale no hay muchos motivos para celebrar, con una jornada laboral agotadora y los impuestos exorbitantes que se le pagan al marqués, como de costumbre, sin excepción. La misma cerveza que están bebiendo es fruto del trabajo duro de los granjeros. No los culpo por darse el gusto, aunque eso convierta hasta al mejor de los hombres en un idiota torpe.

—Sale un pedido de seis —dice Bonnie, mi camarera ayudante, interrumpe mis pensamientos. Se da cuenta de que Shep está ahora inconsciente en la barra.

»¿Otra propuesta? —pregunta, asintiendo con la cabeza en dirección al borracho. Está un poco sin aliento de tanto correr de un lado a otro sirviendo cervezas, con las mejillas casi tan enrojecidas como las de los clientes—. ¿Cuántas van ya esta semana?

—He perdido la cuenta —digo, mientras sirvo otra jarra. Bonnie las apila en una torre, como si fueran naipes. Es toda una experta en eso.

—¿Y nunca lo considerarías? —pregunta.

—¿Casarme con uno de estos payasos? Ni loca. No buscan una esposa, solo quieren una sirvienta en la casa.

—Escuché que el propio marqués te propuso matrimonio. ¿Es cierto?

—Ese viejo pervertido me pidió que fuera su amante, no su esposa. Qué asco. —Suelto un suspiro de fastidio.

—No puede ser tan malo, ¿no? Cierra los ojos y piensa en Albión —bromea—. Tendrías la vida resuelta incluso sin un anillo.

Siento como un escalofrío me recorre la espalda. Ese cerdo repugnante es, sin duda, una de las personas más repulsivas del pueblo, aunque sea el más rico. ¿Pero no es siempre así? Ese idiota cree que puede comprarse una entrada a mi cama. Qué asco.

Me alejo de la barra y señalo mi vestido, desgastado y sin forma, manchado de cerveza y grasa del cerdo asado en el espetón de atrás. El uniforme típico de una camarera.

—Prefiero quedarme aquí para siempre antes que acercarme a ese hombre. Una chica tiene que soñar con que hay algo más ahí afuera, ¿no?

Puede que el marqués sea el presidente de la Cámara de Comercio del pueblo, pero yo he llevado mis cuentas al día y he pagado a tiempo desde el momento en que papá me entregó las llaves de Pico de Cuervo. No tiene nada en mi contra.

—¿Más? ¿En Evandale? —pregunta Bonnie entre risas mientras levanta la pila de jarras, equilibrándolas con destreza—. Buena suerte con eso. Y ten cuidado. Ya llegó.

—¿El marqués?

—El mismo —responde, y yo asiento con la cabeza, agradecida por la advertencia. Bonnie me lanza una mirada cómplice y se dirige hacia una mesa de clientes habituales ruidosos al fondo de la taberna.

Relajo mis hombros y esbozo una sonrisa melancólica. Bonnie querida. Con su tez impecable y esa sonrisa espontánea, tiene solo diecisiete años y ya está comprometida con el apuesto hijo de un granjero próspero. Pronto se casará y llevará una vida tranquila en un pueblo sereno.

Pero ella se equivoca. Tiene que haber algo más. ¿Es tan terrible desear algo más en esta vida? ¿Soñar con el tipo de amor y aventura sobre los que cantan los bardos? Nunca lo admitiría, pero, por todas

las diosas, quiero *más*. En serio *quiero* un cuento de hadas, aunque sé que es poco probable que suceda. Solo por una vez, me gustaría que alguien me viera tal como soy, incluso con mi lengua filosa. Más que eso, quiero enamorarme. Y no de un hombre al que pueda aplastar como un rodillo aplasta una masa. Quiero uno que se enfrente a mí de vez en cuando, que tenga carácter y pueda cargar con parte del peso. Alguien en quien pueda confiar y que me cuide la espalda, sin importar cuan robusta sea.

Y ya que estamos, podría pedir que me bajen la luna.

Niego con la cabeza. Al menos tengo el bar como respaldo, aunque pronto tenga que buscar una camarera nueva.

Con dos jarras de cerveza en la mano, camino entre las mesas abarrotadas hasta donde me han hecho señas un par de mercenarios, con rostros tan afilados como sus espadas. No son de por aquí, pero eso no es nada raro. Evandale se encuentra en la intersección de varias rutas muy transitadas, por lo que somos el punto ideal para los viajeros que pasan la noche, o más tiempo, si es que huyen de tierras peligrosas.

No levantan la vista de su conversación mientras les sirvo las bebidas. Al parecer, el rey Usurpador de Penrith está reclutando a cualquiera que sepa manejar una espada, pero ninguno de estos hombres está convencido de que el dinero valga la pena el riesgo. Si nuestro rey Elgar aumentara la paga de sus soldados por arriesgar la vida, como viene prometiendo, muchos preferirían alistarse para defender Alarice. He oído a otros murmurar que el Usurpador busca expandir sus fronteras y declarar la guerra contra Loegria y Alarice, así que tal vez haya algo de verdad en ello.

Recojo sus jarras vacías, mantengo una expresión tranquila e indiferente, pero ni siquiera se dan cuenta de mi presencia.

Estoy acostumbrada a que me ignoren. Los clientes hablan entre ellos, bajan la voz mientras les sirvo las bebidas. Creen que no los escucho, o simplemente no les importa si lo hago, porque no soy nadie. A las camareras no les puede importar en absoluto la política de Penrith, un reino al otro lado del mundo. ¿Qué daño haría si los escuchara por casualidad? Soy invisible, un objeto más del decorado, y me gusta que sea así. Es mucho mejor que recibir propuestas de matrimonio, eso seguro.

Siguen conversando en voz baja como si yo no estuviera. Ser invisible tiene sus ventajas.

De repente, siento la mirada de alguien en mi espalda y se me eriza la piel. Volteo y veo a lord Breadalbane, marqués de Evandale, sentado en una mesa con dos de sus lacayos de confianza. Tiene casi el triple de mi edad, ojos fríos y una mirada lasciva que me hace sentir como si ya estuviera desnuda ante él.

Puaj. Lord Manoseador. Así es como lo llaman las chicas.

Me mira fijo, como una bestia a su presa, mientras sus secuaces discuten entre ellos. Finjo no darme cuenta de su presencia y desvío la mirada.

Camino hacia una viajera que está sentada sola. No escucha que me acerco, porque un grupo cerca de ella ha comenzado a entonar un canto de siega. *Cien putas muy astutas...*

—¿Qué te sirvo? —pregunto, con la mano en la cadera.

La mujer me mira parpadeando, sorprendida, y se ajusta las gafas.

—Un té, por favor.

—¿Eso es todo? ¿La artesana no desea algo un poco más fuerte?

—¿Cómo sabes que soy artesana? —dice, boquiabierta.

—Tienes un callo en el dedo —señalo. Ella se mira las manos—. Sostienes algún tipo de herramienta, algo pequeño, durante varias

horas. Por eso, o eres una erudita o una artesana, pero no tienes manchas de tinta en las manos, eso te delata.

–Sorprendente.

–Es parte del trabajo –respondo. Después de tantos años trabajando en la taberna, me he convertido en una experta observando a las personas. Se puede saber más de alguien por su lenguaje corporal que por lo que dice.

–¿Adónde vas? Vuelves a casa, ¿no? –pregunto, al notar su acento loegriano.

La artesana asiente con la cabeza.

–Se supone que tengo que encontrarme aquí con un amigo para viajar juntos, pero viene de Penrith y no he visto señales de él.

Viajar desde Penrith se ha vuelto muy arriesgado desde que su legítimo rey fue derrocado hace unos años.

Pero últimamente han aparecido cada vez más historias de viajeros desaparecidos en el Gran Yermo de Estyrion, la tierra que Bóreas destruyó. Nunca he salido de Evandale, así que no sé si estas historias son diferentes de las leyendas que los granjeros cuentan durante las noches largas de invierno para pasar el rato. Pero he visto a demasiados viajeros aterrorizados cruzar mis puertas, susurrando que algo oscuro se está agitando en el Gran Yermo una vez más.

Contengo un escalofrío y pretendo estar alegre. Mis clientes vienen a la taberna para olvidarse de sus problemas por un rato.

–Estoy segura de que estarás bien –digo, esbozando mi mejor sonrisa–. Encontrarás a tu amigo y, antes de emprender el viaje juntos, lo traerás de vuelta aquí para que se tome una copa bien merecida. –Oculto la inquietud que me provoca pensar en la posibilidad de otro viajero desaparecido.

Volteo para regresar a la barra cuando la puerta principal se abre tan fuerte que me sorprende que aún siga colgada de sus bisagras. Decenas de soldados irrumpen en la taberna. Van ataviados de pies a cabeza con el color azul loegriano, con espadas afiladas y relucientes en la cintura. Se colocan hombro con hombro y sus cuerpos enormes bloquean la entrada.

Guardo el trapo en el bolsillo de mi delantal y cruzo los brazos. No todos los días llegan soldados a Pico de Cuervo. Aunque están armados, no parece que hayan venido a causar problemas.

Pero ¿qué hacen los guardias reales de Loegria en Evandale?

Es evidente que su entrada dramática no tuvo el impacto que esperaban, porque la mayoría de mis clientes ni siquiera voltearon. Todos siguen charlando sin parar. La mesa junto a la artesana incluso empieza a entonar un nuevo canto subido de tono. *Si te casas, compatriota... Te llevarán bien de las pelotas...*

El capitán, creo que lo es por la hilera de medallas que brillan en su pecho, da un paso al frente. Mira a su alrededor y grita:

—¡Silencio!

Nadie le presta atención, salvo el marqués, que está medio borracho. Empieza a caminar hacia los guardias, algo atraído por las insignias relucientes del capitán, como una urraca cautivada por el brillo del poder.

Ay, por todas las diosas. No necesito esto esta noche.

—¿Puedo ayudarlos, caballeros? —pregunto, abriéndome paso entre la multitud para acercarme a los loegrianos—. Si son tan amables de bajar la voz y tomar asiento... —agrego, señalando una mesa.

—Gracias, señorita —dice él, con amabilidad—. Pero debo hacerme oír. —Voltea hacia la taberna—. ¡Silencio! —ruge de nuevo, pero nadie le hace caso.

Bien. Silbo entre dientes y la multitud se queda en silencio, como unos perros a los que se les ha ordenado dejar de cazar. Todos me miran fijo.

—¡Oigan, presten atención! Parece que tenemos un anuncio —digo, y señalo a los soldados.

Todas las miradas se dirigen hacia el capitán, que asiente con la cabeza en señal de agradecimiento antes de comenzar.

—Soy el general Marcus Marcellus y he venido a anunciar que mi señor, el príncipe heredero de Loegria, llegará en dos días.

Un murmullo recorre la taberna. ¿Un príncipe? ¿En Evandale? ¿Para qué carajo?

El *general*, no capitán, continúa.

—Su alteza real está recorriendo el reino en busca de su novia.

—¿Por qué? —pregunta un granjero viejo, arrastrando las palabras—. ¿La perdió?

Esto provoca algunas risas, pero a los soldados no les causa gracia.

—Su alteza real recorre Alarice *en busca* de una novia, tal vez la encuentre en este mismo pueblo.

—¿Buscas a alguien de Evandale? —pregunta con voz ronca otro granjero de mejillas enrojecidas—. Yo sería una buena novia.

—Yo también —dice otro, riendo, y sujeta el rostro de su compañero—. Déjame darle un beso al príncipe... ¡*mua!*

Estallan más risas. Si los soldados tenían la intención de hacer su anuncio en el bar de borrachos más animado de Evandale, han elegido bien. Pero mi mente da vueltas y siento como mi cuerpo se estremece con lo que sospecho que es esperanza ante esta noticia extraordinaria.

A pesar de su porte y su aire competitivo, Marcus Marcellus parece demasiado joven para ser un general. Tampoco parece muy entusiasmado con su audiencia.

—El príncipe viene aquí en busca de su futura esposa, según los términos del tratado de apoyo mutuo entre los reinos de Loegria y Alarice —declara. Suspira y mira a sus hombres—. Está claro que, hasta ahora, no le han impresionado las candidatas.

Somos dos, amigo.

—Dietan se ha vuelto loco... —murmura el general mientras mira a su alrededor—. Esto es un error.

—No podemos irnos todavía, señor —comenta un soldado.

—Conozco nuestras órdenes. —Voltea hacia la taberna, que ha recuperado su bullicio habitual. Todos lo ignoran. La mayoría están completamente borrachos, dudo que por la mañana recuerden lo que sucedió.

¿Pero yo? Yo veo una oportunidad. Mi mente empieza a procesar la información a toda velocidad.

Mientras los soldados ocupan una de las mesas que los granjeros, que se han ido tambaleando a sus casas para meterse en la cama, han dejado desocupada, yo vuelvo a mi sitio detrás de la barra.

No puedo más de la emoción.

Esto es lo que he estado esperando: una oportunidad única en la vida para poder largarme de este pueblo sin futuro.

Shephard levanta la cabeza, con la marca de su manga arrugada en medio de la frente, y dice:

—Supongo que ahora te casarás con ese príncipe en vez de conmigo, ¿no?

¿Príncipe?

Casi me echo a reír.

—¿Yo? Ni loca —respondo.

De ninguna manera, yo no me casaré con el príncipe... Por todas las diosas, ¿qué querría él de mí? Soy... más o menos linda,

supongo, pero un poco tosca, en términos generosos, y él no querrá una princesa con lengua filosa y un ingenio agudo.

–Tengo una idea mejor –anuncio con voz demasiado alta.

–Claro que sí –dice una voz familiar con tono sarcástico.

Mientras el marqués da sus últimos pasos hacia el general, se asegura de mantener su mirada sin vida fija en mí. Me esfuerzo por esbozar una sonrisa.

Le tiende la mano al general, que se la estrecha con firmeza.

–General Marcellus, ¿verdad? Lord Breadalbane. Marqués de Evandale. Es un placer conocerlo. Espero con ansias que trabajemos juntos para encontrarle una novia al príncipe heredero.

Veo el destello de una moneda de oro al pasar de los dedos regordetes del marqués a la mano enguantada del general.

–Y asegúrese de tener cuidado con esta –dice, y me señala con la cabeza–. Es muy astuta.

El general niega con la cabeza y le devuelve la moneda con el ceño fruncido. Luego me mira, desconcertado por el comentario del marqués, pero yo conozco este juego. Quiere sembrar rumores de una supuesta mala reputación. Siento una rabia intensa que me invade desde la punta de los pies hasta lo más profundo del estómago.

Ahora tengo *dos* ideas...